

Las visitas

■ Los juegos de los niños están inspirados en aquello que ven hacer a sus mayores, sean éstos de carne y hueso o las imágenes que a diario les entregan la televisión y el cine. En la evolución de estos juegos se puede captar, también, la evolución de las costumbres.

Hubo una generación que solía emplear sus ratos de esparcimiento en jugar al almácén, al doctor —juego muy popular, especialmente entre primos y primas— y a la visitas. Repetían, así, los niños, el quehacer diario que advertían en los que eran grandes.

¿Jugará hoy algún niño a las visitas?

A medida que la vida se fue agitando, las distancias creciendo y los vínculos familiares diluyéndose, la institución de la visita fue cayendo al olvido. Es una de las cosas que hemos ganado con la civilización.

Nada más tedioso que esas visitas imprevisitas que llegaban hasta las casas, provocando el pánico de sus habitantes. Un timbre era la señal de alarma que ponía en movimiento a todos por igual —grandes y chicos, patrones y servidumbre—, para presentarse como correspondía ante los intrusos, para interrumpir lo que se estaba haciendo y enfascarse en una conversación insulsa, en la que invariablemente se caía en las variaciones climáticas. En esos tiempos, todos eran un poco Willy Duarte, sin su puntero, e ignorantes de lo que significaba un frente de alta o de baja presión. Algunas costumbres anexas nacieron con la de las visitas. Una de ellas era colocar una escoba tras la puerta que, según el decir de los entendidos en supersticiones, tenía el mágico poder de hacer que los visitantes se fueran luego.

Si la costumbre de la visita tiende a desaparecer, debemos agradecerse al teléfono. La intrusión de cuerpo presente que las visitas significaban a nuestra privacidad, se ha cambiado por la intrusión meramente auditiva. Hoy no hay escoba que resista a la intempestiva llamada de una tía —no sé por qué, pero siempre es una tía—, que llama

para enterarse de la salud de cada uno de los miembros de la familia, justamente cuando estamos en medio de la más apasionante lectura o viendo la serie favorita de la televisión u otros quehaceres que, por íntimos, no son menos apasionantes. Pero estas visitas telefónicas tienen sus días contados, gracias —¡muchas gracias!— a la civilización. Ya se ha informado que en breve las tarifas telefónicas se incrementarán en razón directa al número de llamadas.

Se aduce como argumento en favor de las visitas, que ellas tienden a unir a la familia, a fortalecer los lazos de amistad y, cuando ellas son oficiales, promover la paz.

Ciertamente que no hay registro en las crónicas sobre la efectividad de este aserto en lo que se refiere a la unidad familiar y al fortalecimiento de la amistad. Repase el lector su propia experiencia y de seguro que encontrará la causa de una separación de parientes y amigos en una visita inoportuna. Pero sí hay constancia de lo que sucede con las visitas oficiales. Remitémonos, sólo a vía de ejemplo, a esa inocente visita que en 1914 realizó el Archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de los Habsburgos, a la ciudad de Sarajevo. Lo último que se le oyó decir al ilustre visitante y que la historia recogió fue: “¿De modo que los huéspedes son recibidos aquí con bombas?” Y si su pregunta no tuvo una respuesta adecuada fue porque el Archiduque ya estaba muerto, y desde ese momento y durante cuatro largos años Europa se vio convulsionada por un conflicto que la historia llamaría, después, la Primera Guerra Mundial.

Por algo los niños de hoy no juegan ya a las visitas, por algo la gente ya no se visita como antes. En este campo de la vida social, se puede contradecir alegremente los melancólicos versos de Jorge Manrique, que nos aseguran que “a nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fue mejor”.